

HUBERT DREYFUS***NIHILISMO-EN-LÍNEA:*****El futuro de la tecnología de la información visto por Soren Kierkegaard en 1850.*****Resumen**

En este artículo se expone el carácter premonitorio de algunos planteamientos de Kierkegaard en su ensayo “*La época actual*”. Un nuevo fenómeno cultural e irreversible se gestó desde la Ilustración, gracias a la incidencia de la prensa ordinaria, antecesora de internet: una opinión pública informada pero desmoralizada, mediocre, irreflexiva y sin compromisos incondicionales.

Abstract

In this paper the author explains the premonitory character of some of Kierkegaard's main statements in his essay *The Present Age*. A new cultural and irreversible phenomenon erect its origins from the time of The Illustration, thanks to the influence of the daily newspapers, the predecessor of internet. an informed but demoralized, mediocre, unreflective and uncompromising public opinion.

Palabras claves:

Soren Kierkegaard, opinión pública, internet, prensa.

¿Cuál es la promesa y cuáles los peligros de la Internet? Tal es la pregunta de muchos a raíz de las investigaciones extensas que mostraron, para sorpresa de quienes las efectuaron, que, aún cuando la Internet pone al usuario en contacto con más personas y sucesos de cuantos jamás estuvieron a disposición de los seres humanos, lo cierto es que, mientras más orientan sus vidas a través de la Internet, más aisladas y deprimidas se sienten las personas.

1. Kierkegaard y su crítica de la época actual.

A menudo los filósofos ven más allá de su tiempo, y es así como pueden ayudar a que comprendamos el nuestro. Tal es el caso de Soren Kierkegaard. En su ensayo *La época actual*, fechado en 1850, Kierkegaard advierte que su tiempo está caracterizado por una reflexión desinteresada que nivela todas las diferencias de jerarquía y valor –todas las distinciones cualitativas en sus propios términos. Todo da lo mismo. Nada es tan importante como para arriesgarse a morir. Y Kierkegaard se propone hallar la causa de esta condición.

Kierkegaard culpa de esta nivelación a algo que él denomina “lo público”. Dice: “A fin de reducir todo al mismo nivel, ante todo es necesario procurarse un fantasma, uno cuyo espíritu sea una monstruosa abstracción... y ese fantasma es lo

* University of Berkley, California.

público”¹. Pero el auténtico villano detrás de lo público, afirma Kierkegaard, es la prensa. “Europa llegará a una parálisis con la prensa y permanecerá en una parálisis como recordatorio de que la raza humana inventó algo que finalmente la excedió”², escribe como muestra de su temor, y añade: “Aún si mi vida no tuviese otro significado, me satisface haber descubierto la existencia absolutamente desmoralizadora de la prensa ordinaria”³.

Mas, ¿porqué culpar de la nivelación a lo público y no a la democracia, la tecnología, el consumismo o la pérdida de respeto ante la tradición, por citar algunos candidatos? De hecho Kierkegaard va aún más allá. En sus Diarios afirma que “es en realidad la prensa, más exactamente el periódico..., lo que hace imposible al cristianismo”⁴. Tal es un juicio asombroso. Ciertamente Kierkegaard percibió en los medios una singular amenaza cultural/religiosa, si bien nos tomará algo de tiempo entender el porqué.

No es accidente que, cuando escribe en 1846, Kierkegaard decida arremeter contra lo público y la prensa. Para comprender la razón, hemos de empezar en el siglo precedente. En *Historia y crítica de la opinión pública*⁵, Jürgen Habermas sitúa el inicio de lo que él denomina “esfera pública” hacia mediados del siglo XVIII. Durante esos años, nos explica, la prensa y los cafetines se convierten en sede de una nueva forma de discusión política. Y dicho estatuto extrapolítico no sólo es definido negativamente, como una ausencia de poder, sino valorado positivamente. Dado que no se trata de un ejercicio de poder, la opinión pública está resguardada, justamente, de cualquier espíritu partidista. Así, los intelectuales de la Ilustración ponderaron la esfera pública como un espacio en el cual la reflexión racional y desinteresada que debía orientar al gobierno y a la vida humana podía institucionalizarse y refinarse. En este sentido, a medida que la prensa extendía el debate público a un auditorio de ciudadanos comunes cada vez mayor, Edmund Burke afirmaba complacido: “en un país libre, cualquier hombre piensa que todo asunto público le atañe”⁶.

Entrado el siglo siguiente, merced a la expansión de la prensa cotidiana, la esfera pública se mantuvo como objeto de democratización creciente hasta que produjo un resultado imprevisto, que, según Habermas, “alteró las precondiciones sociales de la ‘opinión pública’ hacia la mitad del siglo [XIX]”⁷. Justamente cuando Kierkegaard escribe *La época actual*. “[A medida que] el público se expandía por la proliferación de la prensa... el reino de la opinión pública se revela como el reino

¹ Kierkegaard, Soren. “The Present Age”, en: *The present age, and of the difference between a genius and an apostle*, traducción al inglés de Alexander Dru, intrucción del Walter Kaufmann, Nueva York: Harper & Row, 1962, p. 59.

² Kierkegaard, Soren. *Journals and Papers*, edición y traducción al inglés de Howard V. Hong y Edna H. Hong, 7 vols., Bloomington: Indiana University Press, 1978, # 483.

³ *Ibid.*, #2163.

⁴ *Ibid.*

⁵ Habermas, Jürgen. *The structural transformation of the public sphere*. Cambridge, Mass: MIT Press, 1989. (Versión castellana del original alemán por Antonio Domenech: *Historia y crítica de la opinión pública*, 4a. ed., Barcelona: G. Gili, 1994).

⁶ *Ibid.*, p. 94.

⁷ *Ibid.*, p. 130

de lo mayoritario y mediocre”⁸. Muchas personas, incluidos John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville, temieron “la tiranía de la opinión pública”⁹, y Mill se sintió llamado a proteger a los “disconformes de la presión de lo público como tal”¹⁰. Según Habermas, Tocqueville insistió en la idea de que “la educación y los ciudadanos poderosos debían foma un *público selecto* cuyo debate crítico determinase la opinión pública”¹¹.

Precisamente *La época actual* muestra la originalidad de Kierkegaard. Mientras Tocqueville y Mill afirman que las masas necesitan el liderazgo de una *élite* filosófica, y mientras Habermas concuerda en que lo sucedido con la democratización de la esfera pública hacia 1850 fue un infortunado descenso en el conformismo de la prensa cotidiana (del cual es preciso salvarla), Kierkegaard ve a la esfera pública misma, aun en el mejor de los casos, como un nuevo y peligroso fenómeno cultural donde la nivelación producida por la prensa revela algo profunda e inicialmente erróneo en la idea ilustrada de la reflexión desarraigada. Así, mientras Habermas intenta recuperar las virtudes morales y políticas de la esfera pública, Kierkegaard observa que no hay manera de salvar la esfera pública dado que, a diferencia de los individuos afectados, ella fue, desde un inicio, la fuente misma de la “nivelación”.

El nuevo poder de la prensa para difundir información a cualquiera en una nación permitió que sus lectores trascendieran su compromiso local y personal, y que superaran así su reticencia respecto de cuanto no les tocaba directamente. Como Burke señalaba con júbilo, la prensa alienta a cualquiera a desarrollar una opinión sobre cualquier cosa. Habermas advierte en ello el triunfo de la democratización; Kierkegaard advirtió, en cambio, que la esfera pública estaba llamada a convertirse en un reino de habla ociosa en el cual los espectadores, simplemente, corren la voz.

Pese a que la prensa y el *talk-show*, su decadente heredero, son ya lo bastante nocivos, este efecto desmoralizador no constituyó el interés central de Kierkegaard. Desde su perspectiva, el riesgo más hondo justamente reposa en aquello que Habermas celebra de la esfera pública, a saber, Kierkegaard señala que “un público... destruye todo cuanto es relativo, concreto y particular en la vida”¹². La esfera pública alienta, entonces, a los comentarista ubicuos que deliberadamente se desarraigan de las prácticas locales en cuyo seno brotan asuntos específicos, asuntos que debe resolverse en los términos que esas mismas prácticas plantean, mediante alguna forma de acción comprometida. De este modo, lo que se mostraba como una virtud para la razón imparcial de la Ilustración es visto, por Kierkegaard, como un desastroso inconveniente. La esfera pública es un modo en el que cada cual comenta y tiene una opinión sobre todos los asuntos públicos, sin acreditar ninguna experiencia directa y sin tener o querer ninguna responsabilidad.

⁸ Ibid., pp. 131,133.

⁹ Ibid., p. 138.

¹⁰ Ibid., p. 134

¹¹ Ibid., p. 137.

¹² Ibid., p. 62.

Ni siquiera los comentaristas más conscientes están obligados a poseer conocimiento de primera mano o a asumir una posición concreta. Más bien, como Kierkegaard lamenta, justifican sus puntos de vista mediante el recurso a principios. Y con las conclusiones alcanzadas por razonamientos abstractos no se apoyan en prácticas locales, sus soluciones son igualmente abstractas. Es de presumir que semejantes propuestas no fomenten el compromiso de las personas involucradas y, por lo tanto, no funcionan así se transformen en leyes.

Una constatación más básica todavía: que la esfera pública descansa fuera del poder político significaba, para Kierkegaard, que uno puede mantener una opinión sobre cualquier tema sin necesidad y obligación de actuar basado en ella. A propósito del público observa con desaprobación que sus “habilidades, virtuosismo y buen sentido consisten en procurar alcanzar un juicio y una decisión sin llevarlos nunca hasta la acción”¹³. Ello abre la posibilidad de una reflexión limitada. Si no hay posibilidad de decisión y acción, todo puede ser visto desde todos los ángulos y siempre puede hallarse una perspectiva nueva desde la cual ponerlo todo nuevamente en cuestión. Kierkegaard vio que, cuando todo depende del comentario crítico incesante, la acción deviene finalmente imposible. “La reflexión es siempre capaz de explicarlo todo de un modo distinto y de dejarle a uno alguna vía de escape...”¹⁴. En consecuencia, para él es evidente que “reflexionar transformando la capacidad de acción en un medio para escapar de la acción es algo corrupto y peligroso a la vez...”¹⁵. El lema que sugirió para la prensa era: “Aquí los hombres son desmoralizados en el menor tiempo posible, en el mayor grado posible, al menor precio posible”¹⁶.

El problema está en que la prensa habla por el público, pero nadie se sitúa tras los puntos de vista que el público mantiene. Así, Kierkegaard escribió en su diario: “tales... son las dos calamidades más horrendas que en realidad constituyen los poderes causantes de la impersonalidad: la prensa y el anonimato”¹⁷. Aún más nítido es su planteamiento en *La época actual*: “Un público no es una nación, ni una generación, ni una comunidad, ni una sociedad, ni cualesquiera hombres particulares, pues todos ellos únicamente son lo que son por medio de lo concreto; ningún individuo perteneciente al público tiene un compromiso social”¹⁸.

De seguro Kierkegaard hubiese visto en la Internet, con sus sitios web atestados de información anónima procedente del mundo entero y sus listas de interés a las que cualquiera en el mundo puede asociarse sin mediar requisito y donde cualquier tema puede ser discutido sin pausa y sin consecuencias, la síntesis de alta tecnología de los peores rasgos del diario y del cafetín que el sueño de Burke efectuara, pues en las listas de interés cualquiera, donde quiera, puede tener una opinión sobre lo que sea. Todos están demasiados ansiosos por responder a las opiniones igualmente desarraigadas de otros tantos aficionados anónimos que

¹³ Ibid., p. 33.

¹⁴ Ibid., p. 42.

¹⁵ Ibid., p. 68.

¹⁶ Kierkegaard, Soren. *Journals and Papers*, o.c., vol 2 p. 489.

¹⁷ Ibid., p. 480.

¹⁸ Kierkegaard, Soren. “The present age”, o.c., p. 63. Énfasis mío.

envían sus puntos de vista desde ninguna parte. Dichos comentaristas no adoptan posición alguna frente a los temas que abordan. A decir verdad, la ubicuidad misma de la red hace que cualquier postura local se vea irrelevante.

Lo agobiante en estas listas de interés es que el ingreso a la conversación no requiere experiencia o habilidad de ningún tipo. Como ilustra la Internet, un riesgo verdaderamente grave de la esfera pública consiste en minar la consecución de destrezas. Adquirir una habilidad requiere interpretar una situación como instancia de un tipo tal que demanda evaluar una cierta acción, acometer esa acción y aprender del propio éxito o fracaso. Como Kierkegaard pensaba, no hay forma de conseguir sabiduría práctica salvo a través de los compromisos riesgos y las experiencias de éxito y fracaso. Estudios sobre adquisición de habilidades han mostrado que, a menos que el resultado sea importante y se cuente con la disposición de aceptar el dolor que sucede al fracaso y el placer que resulta del éxito, quien desarrolla la habilidad permanecerá estancado en el nivel de la mera competencia y nunca alcanzará la pericia. Así, los comentaristas que aparecen en los programas de radio y televisión cuentan con una opinión sobre cada tema y pueden justificar sus opiniones apelando a principios abstractos, mas, como no tiene que actuar conforme a los principios que defienden, carecen de esa perspectiva apasionada cuyo ejercicio es el único capaz de conducir al error grave y, por lo mismo, a la adquisición gradual de la sabiduría práctica.

La única alternativa que Kierkegaard veía ante tal reflexión paralizante era zambullirse en algún tipo de actividad –cualquier actividad– en tanto uno se entregase a ella con apasionado compromiso. Hacia el final de *La época actual*, exhortaba a sus contemporáneos a que efectuaran tal salto: “No hay más acción o decisión en nuestros días de los que hay en el arriesgado goce de nadar en aguas poco profundas. Pero así como un adulto, que pugna gozoso en las olas, invita a aquellos más jóvenes que él: ‘Vamos, salta deprisa’ –así también la decisión en la existencia, por decirlo así (...) hace un llamado... Vamos, salta con alegría, aun si esto significa un salto despreocupado, siempre y cuando sea decisivo. Si eres capaz de ser un hombre, entonces el peligro y el áspero juicio de la existencia por tu desconsideración ayudarán a que te conviertas en uno”¹⁹.

2. La esfera estética. El goce de posibilidades sin límite.

Semejante salto despreocupado en aguas más profundas caracteriza a los navegantes de la red, para quienes la acumulación de información se ha convertido en un modo de vida. Un navegante siente curiosidad por todo, y está dispuesto a invertir cada momento libre en una visita a los sitios de moda en la red. Disfruta de la mera gama de posibilidades. La calidad de lo interesante se reduce a un desplazamiento del cursor.

Este compromiso con una vida caracterizada por la curiosidad, donde la información es una fuente ilimitada de goce, sitúa a las personas en lo que Kierkegaard llama *esfera estética de la existencia*. Y es que visitar cuantos sitios sea posible y mantenerse al tanto de los más entretenidos son actos que constituyen, para semejante persona, un fin en sí mismo. La única distinción

¹⁹ Ibid., p. 36-37.

significativa se da entre los sitios interesantes y aquéllos, más bien, tediosos. La vida consiste en luchas contra el tedio convirtiéndose en un espectador de todo lo interesante en el universo y en comunicarse con cualquier otro tocado por las mismas inclinaciones. Tal vida produce un yo que no tiene contenido definitorio, sin continuidad, pero abierto a todas las posibilidades y a desempeñar nuevos papeles.

No obstante, aún nos queda por explicar qué hace atractivo este uso de la red. ¿Porqué tanta emoción en ser capaz de indagarlo todo sobre cualquier cosa no importa cuán trivial? ¿Qué motiva un compromiso tan apasionado con la curiosidad? En última instancia, Kierkegaard pensaba que las personas eran adictas a la prensa –y la red, como podríamos añadir ahora– porque el espectador anónimo *no asume riesgos*. La persona situada en la esfera estética se mantiene abierta a todas las posibilidades y no tiene identidad fija posible de ser amenazada por la decepción, la humillación o la pérdida.

La navegación por la red se ajusta idealmente a esta vida. En el mejor de los casos, los compromisos en la Internet son virtuales. Sherry Turkle ha descrito en fecha reciente el modo en que la red viene alternado las prácticas básicas que determinan los tipos de yoes que podemos ser. En *Life on the screen* detalla “la habilidad de la Internet para alterar las comprensiones populares de la identidad”. A través de la Internet, “se nos alienta a pensar en nosotros mismos como seres fluidos, emergentes, descentralizados, múltiples, flexibles y aún en proceso”²⁰. En vista de ello, “Internet se ha convertido en un significado laboratorio para experimentar con las construcciones y reconstrucciones del yo que caracteriza a la vida postmoderna”²¹. Turkle observa que la red promueve algo que ella denomina “experimentación”, dado que lo efectuado en sus confines está exento de consecuencias. Turkle supone, entonces, que la red no sólo proporciona acceso a toda suerte de información; libera a las personas para que desarrollen nuevos y excitantes yoes.

La persona ubicada en la esfera estética de la existencia seguramente mostraría su acuerdo, pero según el juez Guillermo (personaje ideado por Kierkegaard para criticar la esfera estética de la existencia), “como resultado de conocer y ser todo cuanto es posible, uno está en contradicción consigo mismo”²². Desde el enfoque de la esfera de la existencia inmediatamente más elevada, el juez Guillermo nos dice que el yo no requiere “variabilidad y brillo”, sino “firmeza, balance y constancia”²³.

Es de esperar que la esfera estética se revele finalmente como invivible y, a decir verdad, Kierkegaard sostuvo que si uno se sumerge en la esfera estética con total compromiso necesariamente ésta ha de colapsar bajo el completo hartazgo de información y posibilidades. Sin alguna forma de decidir lo relevante desde lo

²⁰ Turkle, Sherry. *Life on the screen: identify in the age of the Internet*. Nueva York: Simon and Schuster, 1995, pp. 263-264.

²¹ *Ibid.*, p. 180

²² *Ibid.*, p. 68.

²³ Kierkegaard, Soren. *Either/Or*, traducción al inglés de David F. Swenson y Lillian Marvin Swenson, Princeton: Princeton University Press, 1959, vol. II, pp. 16-17.

irrelevante y lo significativo desde lo insignificante, todo se vuelve igualmente interesante e igualmente tedioso. Desde la perspectiva de alguien que padece la melancolía simultánea al colapso de la esfera estética, Kierkegaard se lamenta: “Mi reflexión sobre la vida carece por completo de sentido. Supongo que algún espíritu maligno ha colocado un par de anteojos sobre mi nariz, una de cuyas lentes amplifica colosalmente mientras la otra reduce en igual proporción”²⁴. Dicho de otra manera: el esteta no puede elegir lo significativo desde lo trivial.

Esta incapacidad para distinguir lo trivial de lo importante deja de emocionarnos tarde o temprano, y deriva precisamente en el tedio a cuya negación entregan sus vidas el esteta y el navegante de la red. Así, concluye Kierkegaard, “toda visión estética de la vida significa desesperación, y cualquiera que viva está desesperado, lo sepa o no. Pero cuando uno lo sabe... una forma de existencia más elevada es un requisito imperativo”²⁵.

3. La esfera ética. Efectuar compromisos concretos.

A esa forma de vida más elevada Kierkegaard la denomina ética. En ella participa de una identidad estable y se está comprometido con la acción involucrada. La información no es envilecida, sino buscada y usada para fines serios. En la medida en que el hallazgo de información no es un fin en sí mismo, la información fiable contenida en la red –cualquiera que fuere– puede constituir un recurso valioso. Un recurso capaz de favorecer compromisos serios. Tales compromisos requieren que las personas tengan planes de vida y ocupen tareas específicas. De este modo ellas tendrían metas que determinen lo que han de hacerse e información relevante para conseguirlo. ¿Puede la red apoyar esta vida de acción comprometida?

En la medida en que puede expresar y apoyar la realización y mantenimiento de compromisos para la acción, la Internet puede apoyar la vida en la esfera ética. Sin embargo, acaso Kierkegaard sostendría que el inmenso número de listas de interés comprometidas con distintas causas, al igual que el ansia de adherirse a ellas, tarde o temprano desembocará en el colapso de la esfera ética. La multiplicidad de causas y el ansia de efectuar compromisos –supuesto apoyo de la acción– conducirán tarde o temprano a la parálisis o a tantas elecciones arbitrarias como posibles compromisos serios.

Con el fin de evitar la elección arbitraria, alguien podría, como el juez Guillermo –seudónimo tras el cual Kierkegaard describe la esfera ética en *O lo uno, o lo otro*–, volverse hacia los hechos de su propia vida (ocupaciones y aptitudes, por ejemplo) para limitar sus compromisos. Así, el juez Guillermo entiende que su rango de compromisos relevantes posibles está restringido por sus habilidades y funciones sociales como juez y esposo. De igual modo alguien podría, para emplear un ejemplo más contemporáneo, elegir a qué listas de interés sumarse a partir de ciertos hechos característicos de su situación vital. Después de todo, no sólo hay listas de interés dedicadas a iconos populares; hay listas de interés serias, como las de padres cuyos hijos padecen enfermedades raras e incurables, por ejemplo.

²⁴ Ibid., p. 46.

²⁵ Ibid., p. 197.

De forma que el entusiasta ético de la red podría alegar que todo cuanto precisa es aceptar alguna perspectiva –algo importante asentado sobre algún accidente en su vida– y realizar todas sus elecciones en función de ella.

Sin embargo, el objetivo de la persona en la esfera ética, como Kierkegaard la define, es conseguir la madurez moral, y ya Kant sostuvo que ésta consiste en la habilidad para elegir lo que uno hace sustentado en principios que puede justificar. Recién entonces puede alguien asumir la responsabilidad lúcida de su vida. En este sentido, el juez Guillermo se siente orgulloso del hecho de que, como agente autónomo, es libre de dar a sus talentos y roles cualquier significado que él elija, de modo que finalmente su libertad no está restringida por la posición que le ha sido dada ni por sus obligaciones.

El juez Guillermo advierte que la elección respecto de los compromisos importantes está basada en una elección más fundamental respecto de lo que es valioso y lo que no, lo que es bueno y lo que es malo, y que esa elección depende de él. Como él mismo señala: “Lo bueno es tal por el hecho de que yo lo quiero, y no existe fuera de mi voluntad. Tal es la expresión de la libertad. (...) Por ello, en modo alguno las notas distintivas del bien y del mal son rebajadas o menospreciadas como meras distinciones subjetivas. Antes bien, se afirma la validez absoluta de estas distinciones”²⁶.

No obstante, Kierkegaard respondería que, si todo depende de la elección, incluidos los parámetros según los cuales uno elige, no hay razón para elegir un conjunto de parámetros en vez de otro. Por otro lado, si uno fuese totalmente libre, la elección de lineamientos para la propia vida nunca significaría la realización de un compromiso serio, pues siempre cabría la elección de anular la elección previa. A decir verdad, los compromisos libremente elegidos pueden y deben ser revisados minuto a minuto, a medida que disponemos de información nueva. Con que uno puede acoger algún hecho accidental en su vida y apropiárselo mediante la decisión de que constituye lo crucialmente importante, pero entonces uno puede, con igual libertad, decidir que no lo es, de modo que en la esfera ética todo en la propia vida queda nivelado por la propia libertad.

Así, la elección de distinciones cualitativas, que supuestamente habría de apoyar la acción seria, la impide y uno acaba en lo que Kierkegaard llama “desesperación de lo ético”. Kierkegaard concluye que no es posible detener la proliferación de información y compromisos mediante la decisión de lo que es importante; sólo es posible detenerla cuando se es dotado de una identidad individual que despliega un mundo individual.

4. La esfera pública ante la esfera religiosa. Efectuar algún compromiso incondicional.

Suponer que uno puede adquirir compromisos libremente, y que éstos son siempre posibles de renovación, no es algo que parezca aplicarse a los compromisos que, para nosotros, son los más importantes. Estos compromisos

²⁶ Ibid., p. 228.

especiales los experimentamos como asideros de todo nuestro ser. Cuando respondemos a semejantes llamado, mediante el cual Kierkegaard refiere a la pasión infinita, vale decir, cuando efectuamos un compromiso incondicional, éste último determina lo que será un tópico significativo para el resto de nuestra vida. Trae a nosotros lo eterno en el tiempo, en palabras de Kierkegaard. Movimientos políticos y religiosos pueden asirse a nosotros de ese modo, cual si fuesen relaciones amorosas, y, en el caso de ciertas personas, “vocaciones” tales como el arte o la ciencia. Vivir con arreglo a tal compromiso irrevocable nos sitúa en lo que Kierkegaard denomina la esfera de la existencia cristiano/religiosa.

Dichos compromisos incondicionales son distintos de los tipos nomales de compromiso. Determinan lo que cuenta como valioso al determinar quiénes somos. Dante se definió a sí mismo como el amante de Beatriz; Martin Luther King Jr. como alguien que reclamaba justicia para la población negra en los Estados Unidos. Las identidades fuertes basadas en compromisos incondicionales detienen la proliferación de compromisos cotidianos al determinar lo que sí cuenta en última instancia, y por qué. Frenan por ello el nihilismo, estableciendo diferencias cualitativas entre lo que es importante o trivial, relevante o irrelevante, serio o lúdico en nuestras vidas.

Aunque tal compromiso es riesgos, desde luego. Nuestra causa puede fracasar. Nuestro amor puede cesar. La reflexión desarraigada de la época actual, la hiperflexibilidad de la esfera estética y la libertad sin límites de la esfera ética son todas formas de evitar los riesgos, pero resulta, como afirma Kierkegaard, que por ello mismo nivelan todas las diferencias cualitativas y desembocan en la desesperación de la insignificancia. Sólo un compromiso incondicional y la identidad fuerte que éste produce pueden dotar a un individuo de un mundo organizado en función de las distinciones cualitativas únicas que lo caracterizan.

Ello nos remite a esta pregunta incierta: ¿qué papel puede desempeñar la red en cuanto a alentar y apoyar los compromisos incondicionales? Una primera sugerencia podría consistir en que el tránsito de una etapa a otra se verá facilitado por la red, del mismo modo en que los simuladores de vuelo nos enseñan a volar. Se pediría de nosotros que nos arrojásemos a la navegación virtual hasta encontrarla tediosa, que efectuásemos luego compromisos hasta verlos proliferar absurdamente, y de este modo seríamos finalmente inducidos a dejamos arrastrar hacia un compromisos incondicional riesgos como única forma de huir de la desesperación. A decir verdad, en cualquiera de estas etapas, desde buscar toda suerte de sitios web interesantes dentro de la red hasta comprometerse con una lista de interés capaz de abrir un nuevo dominio, pasando por entablar conversaciones en salones de charlas virtuales, uno podría verse sencillamente capturado por alguno de lo modos de vida abiertos y ser arrastrado hacia un compromiso definitorio del mundo válido de por vida. Sin duda esto podría ocurrir—las personas sí se encuentran y enamoran en salones de charla virtual—, pero es bastante improbable.

Kierkegaard aduciría que, si bien la Internet no prohíbe los compromisos incondicionales (como tampoco es el caso con la prensa), los socava finalmente.

Con respecto a la época actual, Kierkegaard afirma: “Transforma la tarea real en una treta irreal, y la realidad en una puesta en escena”²⁷.

La prueba de la adquisición de un compromiso incondicional se produciría sólo si una tuviese el incentivo y la valentía de transferir al mundo real lo aprendido en la red. Así, no haría frente a lo que Kierkegaard llama “el peligro y el áspero juicio de la existencia”. Pero justamente el atractivo de la red, como el de la prensa en tiempos de Kierkegaard, inhibe esa inmersión final. A decir verdad, cualquier usuario de la red eventualmente inducido a arriesgar su identidad real en el mundo real debiera actuar en contra de lo que lo atrajo a la red en un inicio.

Todo parece indicar que Kierkegaard está en lo cierto. La prensa y la Internet se revelan como enemigos fundamentales del compromiso incondicional, y únicamente la esfera religiosa de la existencia puede salvarnos de la nivelación iniciada por la Ilustración, promovida por la prensa y la esfera pública, y perfeccionada en la red informática mundial.

(Traducido del inglés por Martín Oyata, Revisado por Rosemary Rizo-Patrón)

BIBLIOGRAFÍA

KIERKEGAARD, SOREN (1962) *The Present Age*. En **The present age, and of the difference between a genius and an apostle**, traducción al inglés de Alexander Dru, intrucción del Walter Kaufmann, Nueva York: Harper & Row.

KIERKEGAARD, SOREN (1978) **Journals and Papers**. Bloomington: Indiana University Press.

HABERMAS, JÜRGEN (1989) **The structural transformation of the public sphere**. Cambridge, Mass: MIT Press. Versión castellana del original alemán por Antonio Domenech: **Historia y crítica de la opinión pública** (1994), 4a. ed., Barcelona: G. Gili.

KIERKEGAARD, SOREN. **Journals and Papers**, o.c., vol 2 p. 489.

KIERKEGAARD, SOREN. **The present age**, o.c., p. 63.

KIERKEGAARD, SOREN (1959) **Either/Or**, traducción al inglés de David F. Swenson y Lillian Marvin Swenson, Princeton: Princeton University Press, , vol. II.

TURKLE, SHERRY (1995) **Life on the screen: identify in the age of the Internet**. Nueva York: Simon ando Schuster.

²⁷ Kierkegaard, Soren. *The present age*, o.c., p. 38.